

»Quitados los oscuros embarazos
Con resplandor del sol recién venido,
Henchimos cantidad de calabazos
Vuelta ceniza con agi molido ;
Porque si les hiciésemos pedazos,
Volados al lugar fortalecido,
Los polvos que tocasen las narices
Pudiesen menealles las cervices ;

»Reconocido por negocio cierto,
Que con la fuerza de los estornudos
No tenía vigor el mas esperto
Para se reparar con los escudos ;
Y así podrian dar en descubierto
Las flechas y los jáculos agudos,
Porque tales industrias son arduas
De que caribes usan en sus lides.

»En este parecer determinados,
Hecha de muchedumbre viva rueda,
Teníamos los vuestros rodeados
Como cories en el arboleda :
Vuelan los calabazos, y quebrados
Dentro se levantó gran polvareda ;
Todos en estornudos son iguales,
No siendo salúferas señales.

»Por entre palos hacen buen empleo
Los que quieren estar con advertencia ;
Pues cuando de los cuerpos hay meneo,
Impelidos de aquella violencia,
Los bárbaros cumplian el deseo
Que daba prontitud y diligencia,
Para poder encaminar la flecha
Donde con hartó daño se desecha.

»El breve batallon anda turbado,
Unos heridos, otros ya sin vida ;
Quitamos luego palos del cercado,
Por donde se metió tal avenida
Que ningun español hallaba vado,
Remedio, ni esperanza de huida ;
Solos diez alentados de buen brio
Por defensa tomaron un hubio.

»Pareciónos tenellos en pibuelas,
Y dado fin á la cruel reyerta ;
Mas ellos con espadas y rodela
Defienden el entrada de la puerta :
Cortan á tantos las vitales telas,
Que huellan todos sobre gente muerta ;
Arana y maestre Joan, un cirujano,
A quien alcanzan no lo dejan sano.

»Viendo pues tantos indios en el fuerte
Que de vivir quitaban esperanza,
Jugaron ambos la postrera suerte,
Acrecentando siempre la matanza :
En tal manera ya, que de su muerte
Tomaron antes della la venganza,
Encaminando sus crúeles manos
A los que se mostraban mas lozanos.

»Viendo Quarionex, señor segundo,
En sus vasallos flacos movimientos,
Les dijo : « no vivais mas en el mundo,
» Soeces y de bajos pensamientos,
» Pues me sacais los pejes del profundo
» Y las aves que vuelan por los vientos,
» Y agora solos dos mancos y tuertos
» Se quedan vivos y vosotros muertos. »

»Oyéndolo sus gentes, de corridas
Procuraron mostrarse con ventaja ;
Y así por acabar las tristes vidas
De aquellos por quien tanto se trabaja,
Tiraron muchas flechas encendidas
Para quemar la casa que es de paja,
La cual, como tuviese flacas ramas,
Consumieron en breve vivas llamas.

»Ardor de valentía se mitiga
Porque desconfianza los ligaba ;
Impetiosa llama y enemiga,
Los bajos y los altos ocupaba :
Calor intolerable los fatiga,
El fumoso vapor los ahogaba ;
Eso me da lo flaco que lo fuerte,
No tenía que ver sino la muerte.

»Como nos acontece si cazando
Cercamos las zavas en el fuego,
Que lo que aquí y allí se va juntando,
Y varios animales salen luego
Algún lugar seguro rebuscando,
Uno medio quemado y otro ciego,
Y adonde quiera halla cazadores,
Opuestas llamas, humos y calores ;

»Así los tristes desaventurados
Las puertas del vivir tienen cerradas,
Pues se vian de fuego rodeados,
Por indios las salidas ocupadas ;
Y así cayeron todos chamuscados,
De flechas las entrañas traspasadas,
Y aun en los cuerpos ya sin sentimiento
No cesaban castigos y escarmiento.

»Con esto dimos fin á la revuelta
Y concluimos toda la jornada,
Muerta de nuestra gente la mas suelta,
Y la que quedó vida lastimada :
Enterramos los nuestros, y á la vuelta
A Diana hallamos ahorcada,
Que viendo de los vuestros la caída
No quiso sin su vida tener vida.

»El vivo finalmente, y el difunto,
Ha metido las manos en la masa,
El poder de la isla vino junto
Sin señalarse número ni tasa ;
Y aquesta es sin esceder un punto
La cierta relacion de lo que pasa,
No los querais vengar, pues está claro
Que cada cual nos cuesta hartó caro. »

Oidos los sucesos inhumanos,
No dichos por semejas ni harruntos,
Sino por quien metió los piés y manos
Relatando la guerra por sus puntos,
Hicieron diligencias de cristianos,
Que fué rogar á Dios por los difuntos ;
Y en el lugar dó fueron descompuestos
Pusieron cuatro versos, que son estos :

*Hæc Crux ostendit fœdalem sanguine litus
Gentis, quæ ignotos primum migravit ad Indos,
Sæpe preces longas pro victis fœdit, namque
Unius ob noxam cunctos mala fata tulerunt.*

Este lugar adornó
Aquesta cruz soberana,
Porque aquí se derramó
La primer sangre cristiana
Que al nuevo mundo pasó.

Con oracion, con ayuno,
Sé por ellos importuno,
Y con pladosos modos ;
Pues por la culpa de uno
Aquí perecieron todos.

ELEGIA III.

A la muerte de FRANCISCO BOVADILLA, donde ansimismo
se cuenta cómo Colon continuó su descubrimiento, con
otras muchas cosas que sucedieron en aquella sazón.

CANTO PRIMERO.

Engrandezca Melpómene su llanto
Con discursos de mas calamidades,
Alentando mi voz y ronco canto
En otra multitud de variedades ;
Aunque no cantaremos tanto cuanto
Han menester particularidades,
Solamente daremos orden cómo
Se digan las que fueren de mas tomo.

Hecho pues por Colon el sentimiento
Que á los amigos muertos se debía,
Luego determinó buscar asiento
Donde poner la gente que traia :
Las velas manda dar al manso viento,
Por la banda del norte hace via,
Hasta tanto que vió lugar decente,
Do sacó los ganados y la gente.

Puerto seguro fué donde procura
Largar las anclas y amainar la vela,
De buenas piayyas y cabal fondura
Para nave mayor que carabela ;
Por entonces allí hacen cultura
De ciudad que llamaron Isabela,
A la contemplacion que el nombre muestra
Por Isabel la santa reina nuestra.

Luego nombró de la mayor nobleza
Para regir personas fidedinas,
Y vista desta isla la grandeza,
Dió tierras á las gentes peregrinas :
En el Cibao hizo fortaleza
Para los que labrasen en sus minas,
Dicha Santo Tomás, porque creyeron
Habellas desque ya los ojos vieron.

Mandándole que dellas no se quite,
Para la defension de sus partidos,
Al alcaide don Pedro Margarite
Con cincuenta soldados escogidos ;
Y que para labrallas ejercite
Indios en tales usos instruidos,
Los cuales y ansimismo gente nuestra
Cada día sacaban mejor muestra.

Todo lo necesario se les lleva
Para desentrañar estos veneros,
Y hecha dellos conviniente prueba,
A nuestros reyes hizo mensajeros ;
Un Pedro Goralán llevó la nueva
Con cantidad crecida de dineros :
Muéstranse favorables y propicios
A tan heróicos hechos y servicios.

Acabados de dar estos asientos,
El Hércules insine y animoso
Tomó de sus soldados los doscientos,
Consortio principal y valeroso
Para continuar descubrimientos,
Pareciéndole mal mucho reposo ;
Y para gobernar las demás gentes
Quedaron sus hermanos por tinientes.

Apartado Colon destes lugares,
Todos los españoles que quedaban
En sus repartimientos de solares
Con un vivo fervor edificaban,
No sin graves pasiones y pesares
De los indios, que todo lo notaban ;
Los cuales, viendo cosa tan de veras,
Dieron en no hacer sus sementeras.

A lo cual estas gentes conmovian,
Porque faltándoles mantenimientos,
Ansí los que de España se traian
Como los que ellos daban por momentos,
Los nuestros morirían ó se irian,
Viendo que perecian de hambrientos ;
Y así, por alfojar en su cultura,
Sobre todos cayó la desventura.

Porque los alimentos consumidos
Que de nuestra nacion por mar venian,
Para ser de los otros socorridos
Los nuestros á los indios acudian ;
Los cuales, por estar desproveidos,
De pestilencial hambre perecian.
» Qué palabras serán aquí bastantes
Para decir miserias semejantes ?

Pues á cualquiera parte donde fueres
Hallaras por los campos divertidos
Hambrientos los maridos sin mujeres,
Las mujeres hambrientas sin maridos,
Los hijos sin regalo, sin placeres,
De paternal regazo despedidos,
Chupados, consumidos, y de suerte
Que eran propio retrato de la muerte.

Bien como las abejas en enjambre
Vagaban, olvidados sus asientos ;
Sin alimento fresco ni fiambre,
Sin sentido, sin fuerzas, sin alientos :
Al fin, debilitados de la hambre,
Caian de quinientos en quinientos,
Tendidos por los campos y riberas
Por cebo de las aves carniceras.

No hizo mortandad tan gran cadena
En la ferocidad del rey Atila,
Ni tanta por los campos de Ravena,
Gente que España y Francia recopila,
Ni turco por Belgrado ni Viena,
Cuando sus moradores aniquila,
Ni del gran Taborlán la brava hueste,
Cuántas aquí causó tan grave peste.

Pueblos pudieras ver sin moradores,
Que todos los dejaban y huian ;
Intolerables eran los hedores
Que purísimos aires corrompian ;
Y ansimismo los nuevos pobladores
No menos desventuras padecian,
Pues sus mejores ratos y mas ciertos
Era hacer fosados para muertos.

Allí los arrojaban á montones,
Juntos los principales y notables,
» Oh cuántas quejas, cuántas maldiciones
Sonaban en la furia destes males,
Abominando todos los Colones,
Por les hacer dejar sus naturales !
En tratos, en palabras, en figura
De hambre cada cual era pintura.

Traian los cabellos erizados,
Los ojos en las cuencas muy metidos,
Los labios en color amortiguados,
Los dientes descarnados, carcomidos :
Los cueros á los huesos van pegados,
De pálido color como teñidos ;
Sin ninguna cubierta las esllillas,
Y claras y patentes las costillas.

Otros hubo tan gordos de hipatos
Como si prometieran nuevos partos,
Comiendo hasta suelas de zapatos
Con el grande hervor de verse hartos ;
Y consumidos ya perros y gatos,
Daban tras las culebras y lagartos ;
Sumos regalos eran los cories,
Hutias, mohuyes y quemies.

Al tiempo que lo tal acontecia
En el lugar que tengo referido,
Don Pedro Margarite padecia
No menos confusion en su partido ;
Pues de la poca gente que tenia
Las dos partes habian perecido,
Y créese por vello desta suerte
Que le pudieran indios dar la muerte.

Pues para defension no son cabales
En tiempo tenebroso ni con lumbre,
Mas dióle gran seguro destes males
Su buena condicion y su costumbre :
En ser bien quisto destes naturales
A quien no consintió dar pesadumbre,
Pues viendo que comida no tenian,
No les importunaban, ni pedian.

Pero viéndolo tan enflaquecido,
Secas y consumidas las mejillas,
Un indio principal, de comedido,
Le presentó dos vivas tortolillas ;
Mostrósele muy bien agradecido,
Dando por recompensa mil cosillas ;
El indio no las dió con tal intento,
Mas en efeto se volvió contento.

Viendo las pajarillas y presente,
Entre tanto que Dios mas proveyese,
Fué muy importunado de su gente
Las mandase matar y las comiese,
Y que se holgarian grandemente
De que por ellos esto se hiciese,
Pues era poco cebo para uno
Y para tantos menos que ninguno.

En esta tempestad que tantos doma
El mosén Pedro dijo como bueno,
« Pues todos padecemos la carcoma,
No es justo proveer un solo seno,
Y que mireis vosotros, y yo coma,
Y esteis todos vacíos é yo lleno. »
E luego por un término galano
Soltó las tortolillas de la mano.

No van las tortolillas al desgaire
Estendiendo sus alas por los vientos,
Antes con lijeros donaire
Volaron y dejaronlos hambrientos ;
Y todos con los papos llenos de aire
Quedaron como hartos y contentos,
Encareciendo de comun sentencia
Su valor, su virtud y su prudencia.

Entre las otras cosas sucedidas
Donde estaban las otras compañías,
Flacas, atribuladas y afligidas,
Con hambre de gran número de días,
Un hombre padeció graves heridas
Dadas por un mancebo, Miguel Diaz,
El cual tuvo por bien, visto su cargo,
Hacerse por los montes á lo largo.

Huyendo por aqueste desatino
La pena del delito recelando,
Por tierras nunca vistas peregrino
De gentes enemigas confiando,
A la parte de sur hizo camino,
Isla de mar á mar atravesando,
Adonde halló gente mas lucida,
Muy sana y abundante de comida.

Por las orillas va de fresco rio,
Bien puesta poblacion y populosa,
De cierta mujer es el señorío
No menos avisada que hermosa:
Parecióle ya grande desvario
Jornada tan al claro peligrosa;
Pero viéndose dentro de la danza,
Destos salvajes hizo confianza.

La hambre lo sacó de la montaña,
Cuyos extremos son muy atrevidos,
Los indios de ver cosa tan estraña
A gran admiracion son conmovidos:
Con señales de paz los desengaña,
Y con grandes suspiros y gemidos,
Haciendo conocer por los meneos
Su gran necesidad y sus deseos.

Los indios lo bajaron de aquel viso
No sin alborotada compañía,
Deseando del tal tener aviso
Si viene contra ellos por espía:
Diéronle de comer como lo quiso,
Cosa que bien al caso le hacia,
Y con el gran rumor que se publica
Llevaronlo delante la caeica.

El cual, con una muestra mesurada,
Por señas ofrecia su servicio,
Y es cierto que después de su llegada
En estas gentes hubo gran bullicio;
Porque por ser presea señalada
Quisieran hacer della sacrificio;
Pero la dicha reina destas gentes
Mirábalo con ojos diferentes.

Pues con gran aficion de su captivo
Juzgaba por pesado desconcierto
Matar al miserable fugitivo
Que viene por hallar seguro puerto;
Y deseaba mas gozallo vivo
Que por sus santuarios vello muerto:
Es mozo, gentil hombre, desbarbado,
Y así quiso tomallo por criado.

Favorecia mucho su partido,
Y libre ya del mal que represento,
Mostróle por semblante conocido
Su muy libidinoso pensamiento;
Finalmente, tomólo por marido,
Y celebró con él su casamiento,
Y el tiempo que duró peregrinando
En ella y en sus tierras tuvo mando.

Dijole que hiciese paz y guerra
De preseas, riquezas y tesoro,
Descubrióle secretos de la tierra
Y entre ellos caudalosas minas de oro;
Notaba de los llanos y la sierra
Su gran fertilidad y su decoro,
Y el dicho Miguel Diaz grandemente
Deseaba traer allí su gente.

En aprender vocablos cada día
Vivia con grandísimo cuidado,
Ella con gran regalo le servia,
Y fué por su respeto respetado;
Mas aunque por extremo la queria
Deseaba salir de mal estado,
Y de tan gran grandeza dar noticia
Con alcanzar perdon de la justicia.

Andando pues con este presupuesto,
Buscaba coyunturas y sazones
Para por algun modo bien compuesto
A la india decir sus intenciones;
Ella que via bien su triste gesto,
Le dijo: «si valiesen mis razones,
Grande deseo tengo que me digas
La causa de tus penas y fatigas.»

El Miguel Diaz dijo: «pues, señora,
Mi tristeza teneis tan conocida,
Yo conozco que sois merecedora
De principes, y dellos ser servida;
Pero Miguel cristiano, Haxa mora,
Entrambos juntos hacen mala vida,
Es menester que cumplas mi deseo
Creuyendo firmemente lo que creo.»

Ella le dijo: «luego se concluya
Aquello que, señor, por bien tuvieres,
Para que tu salud no se destruya,
Y de mi voluntad no desesperes
Creuyendo ser ajena de la tuya;
No queriendo yo mas de lo que quieres,
A tí cumple decirme de qué suerte,
Que yo te seguiré hasta la muerte.»

«El efeto tenemos entre manos,
Si quisieres mostrarte diligente
En ir á llamar luego tus hermanos
Llevando compañía de mi gente;
Porque teniéndolos aquí cercanos
Yo los sustentaré bastantemente,
Que bien sé cómo viven y sus modos,
Y cómo ya de hambre mueren todos.»

Pues como la caeica respondia
Con lo que Miguel Diaz tiene gana,
Semejantes palabras le decia
Con rostro y apariencia cortesana:
«¿Cuándo podré servir, señora mia,
Oferta de merced tan soberana?
De mas de que la vida que sostengo
Es vuestra, pues que yo por vos la tengo.»

«Quiero cumplir áquese mandamiento
Para poder gozar merced tan llena,
Que yo sé que vernán en el momento,
Y todos lo ternán á dicha buena;
Con ellos no terné detenimiento
Por me tirar acá de la cadena.»
La india se holgó de la respuesta,
Y mucha gente hizo luego presta.

Aderezóse buen matalotaje
De joyas y preseas, ricos dones,
Por ablandar la furia y el coraje
Que contra él tenían los Colonos;
Púsose con los indios en viaje
No sin dolor de entrambos corazones,
Y como fué por via bien guiada,
En pocos dias hizo la jornada.

Con oscuro llegó como discreto,
Y atrás dejando gente que llevaba,
A tales intenciones va sujeto
De primero saber lo que pasaba;
Y aquel con quien trató de su secreto
Cualquiera sinsabor aseguraba,
Porque su contendor estaba sano
Y sin necesidad de cirujano.

Destos negocios bien asegurado
Y cierto de la vida del paciente,
Luego se vió con el adelantado
Bartolomé, caudillo desta gente;
Que como de su casa fué criado,
Fué luego perdonado blandamente,
Y hizo, dando fin á novedades,
Entre los enemigos amistades.

Hechas aquestas cosas, otro día
Que después desta noche fué siguiente,
Llegó la gran caterva que traia
Con el necesarísimo presente:
Alentóse la triste compañía
Con muestra de comida tan patente,
Al Miguel Diaz dueñas y varones
Echaban un millon de bendiciones.

Dió mas á los Colonos embajada
De parte de su dama la caeica,
Y en totuma de ojo bien labrada,
Muestra de mina grandemente rica,
Y para la naciõ desconsolada
Hartura y abundancia les publica;
Y así por ver socorro tan divino
Deseaban volar este campio.

A cabo ya de tres ó cuatro dias
Que dió la relacion tan verdadera,
Bartolomé Colon con Miguel Diaz
Determinaron ir á la lijera,
Por no mover aquestas compañías
Sin hallar los asientos y ribera;
Fueron también soldados codiciosos
Y fray Buil con ciertos religiosos.

Caminaron por pasos conocidos
De quien guiando va por la floresta;
Fueron por el camino proveidos
Siempre con abundante mesa puesta:
Llegados todos fueron recibidos
Con grandes aparatos y gran fiesta,
Las calles y las plazas enramadas
Y de flores y rosas tapizadas.

Ver la señora luego se procura
Dentro de su cercado de dos puertas,
A quien no le faltaba hermosa
Con un no sé qué don de gracias ciertas:
Cubierta por de yuso la cintura,
Las demás proporciones descubiertas,
Muy llena y adornada su persona
De lo que por acá llaman cacona.

Allá por ciertas formas los copetes
Compuestos por encima de la frente,
Que parecian crestas en almetes,
Sembrada mucha perla trasparente;
En los molledos ricos brazaletes,
Fino collar con águila pendiente,
Riquísimos pomares de chaquiras
Con piedras esmeraldas y zafiras.

Habia muchas dueñas y doncellas
En la casa real, que la servian,
Y eso me da las feas que las bellas
Por el mismo nivel se componian;
Y así generalmente todas ellas
De grande desengaño se vestian,
Pues no cubrian sayas ni ropones
Las buenas ó las malas proporciones.

Entrando pues Colon al aposento
Con aquella no vista compañía,
Ella le recibió con el contento
Y término que vió que convenia;
Sin le faltar razon ni cumplimiento
De llena y acabada cortesía;
Y estas primeras vistas acabadas,
A todos hizo dar buenas posadas.

Otro día la vieron ansimismo,
Y el padre fray Buil, como debia,
Dijo las excelencias del batismo
Por un indio ladino que traia,
Con aquella razon de catecismo
Que tan alto negocio requeria;
Ella mostró contento de sabello,
Y sintió bien y estuvo bien en ello.

Puesta con contricion en buen camino,
El sobredicho padre determina
De dalle sacramento tan divino
Y de llamalla doña Catalina;
Bartolomé Colon fué su padrino;
Honróse de la gente peregrina,
Regocijense los padres y los hijos
Con bailes y con otros regocijos.

Acabada la fiesta y el sarao,
Determinó la nueva convertida
De enviar á las minas del Cibao
Gente con abundancia de comida,
La cual acompañó micer Girao
Con gente nuestra bien apercebida,
Y fué necesarísimo convite
Al noble mosén Pedro Margarite.

T. IV.

Después de socorrer estos varones
Con fortuna mejor y mano diestra,
Gonocidas las grandes aficiones
De que los dos amantes hacen muestra,
El fray Buil les dió las bendiciones
Por orden de la Iglesia madre nuestra,
Y fueron los mestizos que este tuvo
Los primeros que en estas tierras hubo.

Visto por el Colon ser todo cierto
Lo que mis breves versos han contado,
Determinó también mirar el puerto,
Y lo halló ser bien acomodado;
Hizo con la caeica su concierto
Para traer su pueblo fatigado,
Con que el rio tuviesen de por medio
Hasta poder hallar mejor remedio.

Pues como quien padece gran aprieto
Con larga dilacion se desconsuela,
Bartolomé Colon, como discreto,
En socorrer los suyos se desvela;
Y para dar el orden con efeto
Determinó volver á la Isabela,
Haciendo cortesana despedida
Del Miguel Diaz y de su querida.

Recebió de la india ricos dones
Ansí de oro como pedrería;
Tuvo sus cumplimientos de razones,
Ni cortos ni de grande demasia;
Dióle regalos, dióle provisiones,
Y para las llevar gran compañía,
Con la cual, que sus pasos fué guiando,
Llegó donde lo estaban esperando.

Dió nuevas á la gente castellana
Diciendo: «ya cesó la desventura,
Pues habemos hallado tierra sana
Y llena de grandísima hartura;
Por tanto disponeos de mañana
Para ir á hacer nueva cultura,
Desterrando de vos toda tristeza,
Pues teneis entre manos gran riqueza.»

Aquel que mas entonces desconfia
Despierta con tan buena confianza;
No se puede decir el alegría
Que el pueblo recibió de su mudanza;
Y para ir á ver lo que decia
Cualquiera brevedad era tardanza;
Pues al son de los sonos que esto cantan
Hasta los mas enfermos se levantan.

Como presos que en cárcel envejecen
Estando detenidos tras las redes,
Esperando las penas que merecen
Sin otra confianza de mercedes;
Y en un momento todos desaparecen
Si por ventura rompen las paredes,
Y no les dan fatigas ni cuidados
Las mantas y colchones rezagados;

Ansí por ir en ciertas carabelas
Porque por mar hacian el viaje,
Dejaban setecientas alhajuélas
Sin querer esperar otro pasaje;
Antes apriesa dan todas las velas
Hasta que ya llegaron al paraje,
Donde surgieron quinto dia justo
Del mes que nos nombró César Augusto.

El año fué de mil y cuatrocientos
Con otros cuatro mas sobre noventa;
Desembarcaron todos muy contentos
En la parte que ya se representa:
Puerto bien amparado de los vientos
Y poco combatido de tormenta,
Y aquella gran distancia de ribera
Labrada y cultivada donde quiera.

Ozuma por allí tiende su boca,
Y hace la ciudad bien proveida,
Y hoy es imperio donde se convoca
Incógnita naciõ ya conocida;
Rodeala la mar con fuerte roca
Que de sus bravas ondas es herida,
Santo Domingo ponen al asiento,
Porque tal dia fué su fundamento.

Comienza cada cual con prestas manos
De fabricar adonde se metiese,
Y allí se recogieron los hispanos
Por querer la cacica que así fuese;
Pero por movimientos soberanos
Colon no quiso que permaneciese,
El almirante digo, y sus soldados,
Que vino después destos ya mudados.

Holgó de las mudanzas y concierto
Hecho con Catalina la cacica;
Gran contento le dió también el puerto,
Y muestra de oro grandemente rica;
Dió cuenta cómo había descubierto
La isla que se dice Jamaica,
Y otras muchas que no son memoradas
Por ser secas y desaprovechadas.

Después que descansó con sus varones
Dejó por algún tiempo los navios,
Por calar mas adentro los rincones
Y desta isla ver los señoríos;
Descubrió prepotentes poblaciones,
Magníficas riberas, ricos ríos,
Y luego consultó con sus hermanos
Poblar otros dos pueblos de cristianos.

El uno fué la villa de Bonao,
Y el otro Santiago de la Vega,
Donde fué capitán micer Girao,
Y catedral iglesia se congrega;
Sacó de los peligros del Cibao
Al noble mosén Pedro su colega,
Mas por alcaide de la fuerza queda
El capitán Alonso de Hojeda.

Ordenadas las cosas en que toco
Segun la brevedad nos encamina,
Al pueblo de la Ozama me convocó,
Do Cristóbal Colon se determina
Que dél se pasen todos poco á poco
A la parte de doña Catalina;
Mas el efeto principal fué cuando
Ya gobernaba Nicolás de Ovando.

Mas comenzó Colon la tal mudanza
A las otras riberas de la Ozama,
Debajo voluntad y confianza
Del dicho Miguel Diaz y su dama,
Por ser asiento de mejor templanza
Y que por mas llanura se derrama;
Y así hicieron en aquel asiento
Casas con mas zanjado fundamento.

El bosque su lugar desembaraza,
Escómbranse las playas destos mares,
Dan á su poblacion graciosa traza,
La gente principal y populares,
Señábase la iglesia, dase plaza,
Repártense por orden los solares:
En los cuales andaban negociados
Capitán, escuadrones y soldados.

En esto colocaban pensamientos,
Porque la principal plática era:
«Terná mi casa tantos aposentos—
Aquí será zaguán, allí escalera.»
Otros andan abriendo los cimientos,
Otros acarreaban la madera,
Otros igualan sabios oficiales
Y buscan necesarios materiales.

No se ve por allí floja la mano
De la mayor edad ni mozo tierno,
Porque ya por la sierra, ya por llano,
O van ó vienen con hervor eterno,
Así como hormigas en verano
Buscando los sustentos del invierno:
Bajos y altos, rústicos, discretos,
A la justa labor están sujetos.

Vereis llenos caminos y calzadas
De hombres naturales y novicios,
Vereis en muchas calles señaladas
Usarse diferentes ejercicios,
Vereis levantar casas torreadas,
Vereis crecer los altos edificios,
Vereis cómo la isla se hacia
Principio desta nueva monarquía.

Vereislos ansimismo mal parados
Con males que la nueva tierra cria,
Vereis algunos tiempos ya pasados
Volver á su lozana gallardía,
Vereis arrastrar sedas y brocados
De que galán y dama se vestía,
Vereis ir en aumento los caudales
Y las sagradas rentas y reales.

Vereis labrar madera con estremos,
Talar el alto monte y arboleda,
Traella por la mar con vela ó remos,
O ya con torpe rastra, ya con rueda;
Pero porque después proseguiremos
Desta ciudad ilustre lo que queda,
Vamos á lo que mas en pronto llevo,
Haciendo para ello canto nuevo.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta las revoluciones que hubo en la Española entre Colon y los que allí estaban, y cómo los reyes proveyeron sobre ello, y lo que mas aconteció en las guerras que de indios tuvieron.

No les puede dañar benevolencia
A los que fueron bien afortunados;
Mas tengo yo por cierta la sentencia
Dicha por los presentes y pasados,
Que prósperos sucesos con prudencia
Pocas veces están acompañados;
Y en estos menos veces hay mudanza
Guiando sus negocios con templanza.

Esta dicen faltar á los Colonos;
Pues como sus riquezas van creciendo,
Y van en erecimiento hinchazones,
Mil buenos afrentando y abatiendo;
Y así las españolas condiciones
Con llena libertad de gran estruendo
Formaban cada día gran querella,
No sé si con razon ó fuera della.

Mas sé que de las tales turbaciones
Y pesadumbre que se padecia,
Hubo muertes, azotes y prisiones
Que el doto fray Buil reprehendia,
Pareciéndole mal las sinrazones
Y aquel rigor notable que corria;
Encontráronse todos ellos luego
Avivando las llamas deste fuego.

Pues visto no bastar reprehensiones
Para templar aquellos movimientos,
Con entredichos y descomuniones
El fray Buil seguía sus intentos;
Para satisfacerse los Colonos
Privábanlo de todos alimentos;
Unos y otros andan de mal arte,
Y con harta pasion de cada parte.

No falta susurron que el fuego ceba,
Y así prevaleciendo desafueros,
Las orejas del rey tocó la nueva
Dada por diferentes mensajeros;
Mas como no constó bastante prueba
Por tener cada parte sus terceros,
El rey mandó venir á Joan Aguado,
Que no lo fué para cualquier cuidado.

El rey le dió sus cartas de creencia,
Poder para las causas copioso
Despachóse con grande diligencia,
Por ser perjudicial mucho reposo;
Despidióse de la real presencia,
Prosigue su viaje trabajoso,
Vidose con la gente descontenta
Año de cinco sobre los noventa.

Pregónanse reales provisiones
Con otros bastantísimos recados,
Obedecido fué destos varones,
Así de libres como de culpados;
Hizo con retitud informaciones
Con hombres buenos desapasionados,
Resultaron de las litispendencias
Contra Colon algunas impaciencias.

El Joan Aguado, visto que le daña
Al Cristóbal Colon algun mal seso,
Mandó que se partiese para España
Y en corte se presente como preso;
Desto se recibió pasion estraña
Por la balanza del contrario peso,
También, aunque por términos mejores,
Fué fray Buil y otros competidores.

Partieron finalmente destos mares,
Las inquietas ondas navegando,
Y delante los reyes singulares
Llegó Colon y su contrario bando;
Tuviron muchos dares y tomares
Ante la majestad del rey Fernando;
Fué Cristóbal Colon reprehendido
Y á su primer honor restituido.

En tanto que el Cristóbal padecia
Estas inquietudes y vaivenes,
Bartolomé Colon acá regia
Siendo coadjutor Roldán Jimenez,
Entre los cuales no menos habia
Algunos sinsabores y desdenes,
Porque las cosas que Roldán ordena
Bartolomé por malas las condena.

Conocidos aquellos movimientos
En las parcialidades de los nuestros,
A las armas dirigen sus intentos
Caciques poderosos y hombres diestros,
Creuyendo que serán sus vencimientos
No dudosos, oscuros, ni siniestros,
Siendo desta consulta la persona
De aquella gran mujer Anacaona.

Aquesta fué mujer de Coanabo,
Hermana del cacique Behechio,
Querida destos dos por todo cabo
Y respetada del demás gentío;
Y aunque de castidad fué menoscabo,
Para guerras no tuvo pecho frío;
Esta pues, el negocio conocido,
Determinó hablar á su marido.

«¿Es posible tener tanta blandura
Los tristes y alligidos corazones?
¿Es posible que pierda coyuntura
Venganza de tan grandes sinrazones?
¿Y que para matar á gente dura
De la mano solteis las ocasiones,
Siendo la mayor parte dellos idos,
Y los que restan ya mal avenidos?»

«Volved, volved las armas á las manos
Y cóbrese la libertad perdida,
Acaben crudelísimos tiranos,
Causadores de nuestra mala vida;
Esfuércense los mozos y los canos
Para tomar enmienda merecida;
Porque si buscan horas convenientes
Mejores no las hay que las presentes.»

«El campo tienen ellos por seguro,
Pues de nosotros nadie se recela,
Solamente se velan con oscuro,
Y aun esto con turbada centinela;
Aquellos baluartes de su muro
Bien puede deshacellos la candela;
Quitemos de nosotros esta plaga
Antes que mas por tiempo se rehaga.»

«Si muerte temporal estais temiendo
Con juicios de vanas opiniones;
Y ¿qué mayor que estar siempre muriendo,
Con tantas y tan grandes afliciones?
¿No veis cómo nos vamos consumiendo?
¿No veis desiertas nuestras poblaciones?
¿No veis lamentaciones de viudas
Y casadas, de todo bien desnudas?»

«¿No veis todas las sierras y los llanos
Llenos de calaveras y de huesos,
De hijos, y de padres, y de hermanos,
Muertos en tan tiránicos escesos?
¿Qué diré de los vivos y los sanos,
Cuyos agravios vemos mas espesos,
Pues que de muerte son sus esperanzas,
Sirviéndoles en minas y labranzas?»

«¡Oh grave sujecion, oh gran afrenta
Para quien libre della se gozaba!
¿Cuál es el corazon que no revienta
Llorando?» Y aun también ella lloraba
Al tiempo que estas cosas representa,
O ya de compasion, ó ya de brava;
De tal suerte, que el indio su marido
De su persuasion quedó vencido.

Doliéndose de vivos y defuntos
Y de la sujecion de nuestras leyes,
Concertáronse pues en breves puntos,
Para dar libertad á tantas greyes;
Y sin mas dilacion partieron juntos
A convocar los principes y reyes,
Con determinaciones mal seguras,
Pues no daban seguro sus venturas.

Hay en la gran provincia de Jaragua,
Entonces de grandísimo gentío,
Un bello y admirable lago de agua
Cerca del cual moraba Behechio,
Hermano de la niña que esto fragua
Y rey de muy estenso señorío,
Belicoso varón, sabio, prudente,
Y en valor de riquezas eminente.

Y estando por ventura descuidado
De semejantes guerras y pasiones,
Llegaron la hermana y el cuñado
A darle cuenta de sus intenciones;
Y para perfeccion de lo tratado
Ella supo decir tales razones,
Que pudo despertar para su hecho
Olvidados furores en su pecho.

Holgóse de lo ver Anacaona
Con tan impetuosos accidentes,
Y de cómo juró por su corona
De convocar sus deudos y parientes,
Y de no le faltar por su persona
Con dos ó tres mil buenos combatientes;
La cual, visto que estaba de su banda,
Por otros reinos lleva su demanda.

Otro lago demás de lo que cuento
Hay en las altas sierras encumbradas,
Donde Nizao hace nacimiento,
Las orillas del lago despobladas
Por el alborotado movimiento,
Y voces espantosas, mal formadas;
La terribilidad del cual estruendo
A todos los mortales es horrendo.

Es tal aquel murmurio, que no pueden
Comportar sus ruidos los humanos,
Ni menos entender de qué proceden
Las voces los vecinos comarcanos;
Y aun el día de hoy también escuden
Los mas altos ingenios castellanos,
Y huyen con recelo de la pena
De llegar á la parte donde suena.

Mas dos se concertaron cierto día
De ver aqueste lago muy de veras:
Un hidalgo llamado Joan Mejía,
Con otro mozo Pedro de Lumbreras;
Fueron aquestos dos en compañía
Subiendo las aspérrimas laderas;
Y aquel ruido, como vocería,
Cuanto mas se llegaban mas crecia.

Con ruido de tanta pesadumbre
El Mejía paróse de turbado,
El Pedro de Lumbreras con mas lumbrere
Hizo su paso mas apresurado,
Hasta que ya llegó sobre la cumbre
Y vido bien el lago memorado,
Tiempo que dijo tres veces el credo
Con gran temor y descompuesto miedo.

Tendió la vista por los derredores;
Pero no vido mas que el agua y cielo,
Y las terribles voces y clamores
Que le hacian erizar el pelo;
Crujíanle los dientes con temblores,
Y así se bajó luego con recelo,
Al lugar do dejó la compañía,
Del cual bajaron ambos á porfia.

Las tierras pues del lago temeroso
En aquella sazón señoreaba
Un Biantex, cacique poderoso,
A quien la isla toda respetaba:
Aquí llegó Coanabo congajoso
Con la mujer insigne que llevaba;
Fueron de Biantex bien recibidos
Y muy acariciados y servidos.

Después de grandes siestas y comida,
La gran Anacaona representa
La causa principal de su venida,
Dando de todas cosas larga cuenta,
De su disminución, de su caída,
Pérdida general y gran afrenta,
Ocasión que tenían de presente
Para poder matar á nuestra gente.

Fueron tan eficaces persuasiones
Las desta reina contra los cristianos,
Que no sin furiosas turbaciones
El indio se hería con sus manos:
Dióse de golpes, dióse bofetones
Despedazando sus cabellos canos,
Y en efeto promete de soldados
Tres mil ó cuatro mil bien pertrechados.

Esto concluso con tan buena mano,
Fueron á Guarionex, indio potente,
Cacique que mandó todo lo llano
Siendo su general y su teniente
Mayor Banex, del Guarionex hermano,
Para cualquiera guerra suficiente,
El cual formaba ya sus escuadrones
Movido de las mismas intenciones.

El Coanabo con su compañera
Dejaron prevenida ya la sierra,
Holgaron en grandísima manera
De ver los de los llanos tan de guerra:
Mayormente que fué la mas guerrera
De todas las provincias de la tierra,
Y el Guarionex con toda su potencia
Los recibió con gran benevolencia.

Dióles por su trabajo grande loa
Y dijo: «Los demás, señores míos,
Déjamelos á mí de popa á proa,
Que yo tengo por cierto sus avios;
Pues Goaga Canari y Cayacoa
Me consta no tener menores brios,
Antes están metidos en la danza,
E ya con gran pesar de la tardanza.

»Y pues mandais tan bravas señorías
De los ciguayos, gentes inhumanas,
Despierten las antiguas valentías
De sus potentes arcos y macanas,
Y estemos todos de hoy en veinte días
Juntos en estos campos y zavas,
Do, como cada cual su gente tenga,
El orden se dará que mas convenga.»

Habiendo bien oído los intentos
De cosas que á las suyas no son variadas,
Y hechos cortesanos cumplimientos
Por razones que van aquí sumarias,
A sus reinos se fueron muy contentos
A prevenir las cosas necesarias,
Y de los que llamaron fué primero
Un Uxmátx, su general guerrero.

Aqueste capitán era bisojo,
De tal suerte, que siempre parecía
Que estaba con furor de gran enojo
Según el mal aspecto que tenía:
Finalmente, miraba de tal ojo,
Que quien mas lo trató mas lo temía,
Y el Coanabo le hablaba largo
En las cosas tocantes á su cargo.

El Uxmátx llamó las compañías
Que tenían lugares diferentes;
Ocurren luego por diversas vías
Crecidísimo número de gentes:
Allegáronse pues en pocos días
Ocho mil escogidos combatientes
Ciguayos, que hallaron los cristianos
Descender de caribes comarcanos.

También del Coanabo que regia,
Ser natural caribe se pregona
Y en esta isla por su valentía
Y excelente valor de su persona
Alcanzó los imperios que tenía,
Y por mujer la gran Anacaona,
Del cual nunca se supo que perdiese
En guerras y contiendas que tuviese.

Haciendo pues Coanabo su consulta
Con este capitán de furia brava,
Y congregada ya la turbamulta
Que los vecinos campos ocupaba,
No le pudo tal guerra ser oculta
Al capitán Hojeda donde estaba,
En el Cibao desde donde quiso
A los otros cristianos dar aviso.

Diciendo que venían á matarlos
Un número de gentes increíble:
Por tanto que viniesen á librallos
En la furia de trance tan terrible:
Vinieron pues peones y caballos
Aquella cantidad que fué posible;
Preparóse de muchos alimentos,
Y esperaba los indios por momentos.

Visto por Coanabo que el guerrero
Hojeda se prepara de tal arte,
Determinó de dar allí primero,
Y allanar aquel fuerte baliarte,
Sin temor de los golpes del acero,
Ni dar á Guarionex ni á otra parte,
Consejo de Uxmátx, por dar la gloria
Al Coanabo de cualquier victoria.

Convocó capitanes y varones,
Hizo hacer alardes y reseñas,
Visitó las guerreras municiones
Con rigor ó palabras halagüeñas,
Mandó poner en orden escuadrones,
Con los ojos y manos hizo señas,
Atenciones captando desta gente,
La cual atenta, dijo lo siguiente:

«Valerosos guerreros, gentes mías,
Bien creo que ternéis en la memoria
Que en todas nuestras guerras y porfías
Jamás hemos perdido la victoria:
No quiero recitar las valentías,
Pues á todos os es cosa notoria,
Que de todos los del contrario bando
Ningunos se nos fueron alabando.

»Y aunque eran guerras por las sementeras
Y términos de pescas y labranzas,
Por donde las personas mas enteras
Perdian sufrimientos y templanzas,
Agora van las cosas mas de veras,
Y corren mas peligro las tardanzas,
Y se debe guardar mas la mollera,
Por no ser los contrarios como quiera.

»Porque bien entendeis no ser ignavos,
Sino sagaces, sabios, diligentes,
Astutos, ferocísimos y bravos,
Con tan grandes estremos de valientes,
Que pretenden hacernos sus esclavos,
No deudos, no consortes, no parientes;
Antes serán los ciertos galardones
Morir en miserables sujeciones.

»Pues para refrenar la tiranía
De tan cudiociosísimos tiranos,
Entre tanto que dura la porfía,
Es menester que os anden bien las manos:
Agora quiero yo la valentía,
Las fuerzas y los hechos soberanos;
Aquí quiero que buenos se señalen
Y muestren los valientes cuánto valen.

»Animen á caídos dulces prendas
De hijos y mujeres afligidas;
Anime la defensa de haciendas
En vuestras propias tierras adquiridas;
Animense de ver que las contiendas
Son por guardar las honras y las vidas,
Y que va la razón de vuestra banda,
Pues no lleváis injusta la demanda.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo tuvo Coanabo cercada la fortaleza, y lo que sucedió durante el cerco y después que los indios se retrajeron.

Suele desbaratar pobre vecino
El hombre poderoso comarcano:
La gran pujanza vence lo mas dino
Si no tiene socorros á la mano:
Mas do quiera que hay favor divino
Nada puede valer tropel humano,
Pues cuando su potencia viene presta
Abátese la lanza mas enhiesta.

Con aquestos respetos al Hojeda,
«Cercado de tan áspera pujanza,
Puesto que para furia tan aceda
Jamás mostré desmayos á su lanza,
El principal remedio que le queda
Es en Dios una viva confianza;
Y así, cuando la gente parecía,
A los suyos riendo les decía:

«Cantidad de gandules hay al ojo
Que no distan de nos gran intervalo;
Mas no teneis por qué tomar enojo
De lo que yo recibí gran regalo,
Pues con lo que cogierdes del despojo
Podemos desechar el pelo malo;
Aguilas de oro traen por gorgueras,
Ricos caricurys y orejeras.

»Presto se tenderán por plaza rasa,
Con pena de la rústica cuadrilla,
Sus altos chapiteles serán basa
Y el basto ganareis con espadilla,
Porque lo que queréis traen á casa,
Y por lo que venistes de Castilla:
A trevimiento son malas enmiendas;
Pagarán con personas y haciendas.

»Apriete cada cual entrambos puños,
Haciendo lo que vierdes á Hojeda,
Porque si sienten bien nuestros rasguños,
Pavones son que desharán la rueda,
Y aun dejarán metal para los cuños,
Viendo cómo se bate la moneda:
Muy follonazos vienen y muy locos;
Pero yo les haré que vuelvan pocos.

»Poca pena me dan las gentes rudas
Ni sus desatinados alborotos,
Pues donde las espadas son agudas,
Y los hierros de lanza nada botos,
No hay para qué temer gentes desnudas,
Ni de risa y placer estar remotos:
Cárguense los tres versos y la pieza,
Que al fin han de llevar en la cabeza.

»Las rodelas y armas estén prestas,
Soldados repartidos por sus trechos,
Requíranse las cuerdas de ballestas,
Estén á punto todos los pertrechos,
Guárdese cada cual de las molestas
Flechas en los amparos que están hechos;
Y cuando con furor ellos empiecen,
Harémosles la salva que merecen.»

Mostraba finalmente gran contento
Cuando palabras tales les decía;
Mas era diferente sentimiento
El otro que de dentro padecía,
Por ver aquel tumulto turbulento
Y el orden y concierto que traía,
Porque bien entendía ser de loco
A tanta multitud tener en poco.

Llegaron pues los indios, y á sabiendas
Rodearon la fuerza que ya cuento,
Y antes que se comiencen las contiendas
Formaron á su gusto el asiento:
Hacen aprieta ranchos, arman tiendas,
Sin ponelles algun impedimento,
Y como ven que callan los cristianos
Piensan de los tomar vivos á manos.

»El esfuerzo pasado se renueva
Con aumento mayor de valor nuevo,
El cual terná cualquiera que se mueve
Con el justo dolor que yo me muevo;
Y entonces cumplirá con lo que debe,
Y verá que yo cumplo lo que debo;
Pues de los golpes destes desafíos
Verá cómo primero son los míos.

»Así que, pues que todos estais prestos,
Y cada cual bien puesto y ordenado,
Querria no perdiédeses con estos
Lo que con los demás habeis ganado:
Vengad vuestras injurias y denuestos,
Veamos este fin tan deseado,
Que contra cantidad tan importuna
A pocos mal ayuda la fortuna.»

Con aquestas razones que recita
Este señor, á su feroz alarde,
A tan inmensa saña los incita
Que concibió furor el mas cobarde:
El campo se hundia con la grita
Diciéndole que mas no se detarde,
Porque verá la cosa cómo pasa
Desque tengan las manos en la masa.

Anacaona, que en los trances tales
Tenia su lugar harto cercano,
Llamó los capitanes principales
Y dióles ciertas flechas de su mano,
Con las puntas de agudos pedernales
Que rompen y traspasan lo mas sano,
Diciendo: «pues la doy á quien bien miro,
No deseo que hagan flaco tiro.»

Llenos de las mercedes y favores
Que sabia hacer Anacaona
A estos principales y señores
Con el autoridad de su persona,
Avivanse las sañas y furoros,
Y con lo que cualquier de sí pregona,
Ninguna cosa mas es deseada
Que la gran brevedad de la jornada.

Concebidas pues estas valentías
El Uxmátx que dije, medio tuerto,
Luego mandó marchar las compañías
Puestas en gentil orden y concierto,
Llevando por delante sus espías
Y gente que descubra lo cubierto:
Ampare Dios las gentes castellanas
De tantos dardos, flechas y macanas.

Como la sazónada y ancha haza
Que recompensar quiere las fatigas,
De quien tales labranzas embaraza,
E ya le son las aguas enemigas,
Porque por el descurso desta plaza
Encubren secas raspas las espigas,
Y ellas, terrones, yerbas y otras piezas
Sin que podais mirar sino cabezas;

Desta misma manera parecía
La gran congregación destes salvajes;
Pues de los campos nada se veía
Sino cabezas, rostros y plumajes,
Con aquella potente flechería
De que llenos venian los carcajes,
Y dardos acutísimos tostados
Piernas, brazos y rostros embajados.

Prosigue pues Coanabo su camino
Con gente de tan áspera braveza,
Marchando hasta tanto que ya vino
A vista de la dicha fortaleza;
Pero después diremos lo que avino
En el combate lleno de dureza:
El aprieto y angustia de los nuestros,
Maravillas y lances de hombres diestros.

Como les pareció que convenia,
Nombran velas segun guerreras artes:
Gastaron el restante de aquel día
En ojear los fuertes baluartes:
A mas andar la noche se venia,
La cual velaron bien entrambas partes,
Dando peor que gente de mezquita
Al rendir de los cuartos grande grita.

Los vaporosos nublitos apartados
Que suele producir noturna hora,
Cuando ya por los montes ensalzados
Tiende sus ojos bellos el aurora,
Ilustrando los campos y collados
De aquellos hemisferios donde mora;
Coanabo mandó sin que discorden
Que sus gentes se pongan en buen orden.

Allega luego Goacayarima,
Varon en estos trances bien instruido,
Después del Uxmatex de gran estima,
Vina Pani también, varon astuto;
Y Amiguayagua, de flecheros prima,
Con aquel gran varon dicho Baoruto,
Y el otro que se dijo Guarocuya,
Cada cual con la gente que era suya.

Venian con aquel hervor ardiente
Que hambriento leon tras el ganado,
Componiendo las armas y la gente
En el puesto que tienen señalado;
Andaba Coanabo diligente
Y el Uxmatex también con gran cuidado,
Y en haciendo la seña que tenia
Comienza la potente flecheria.

Rompiendo van los aires alaridos,
Y tales que á los hombres mas enteros
Atruenan y atormentan los oidos,
Por ser tan importunos y tan fieros;
Las cuerdas de los arcos dan crujidos,
Heridas de los brazos de flecheros;
No para, no reposa, jamás cesa
El protervo furor de tanta priesa.

Así como la muy proliza llama,
De limite compuesto descompuesta,
Que con terrible fuerza se derrama
Por los espesos bosques ó floresta,
Quemando verdes hojas de la rama
Que una después de otra halla presta,
Y son enajenados de reposos
Aquellos estallidos presurosos;

Así la cantidad y la viveza
De presurosos golpes y sonidos
Fatigaban aquella fortaleza,
Y á los que están en ella recogidos:
Era de flechas tanta la grandeza,
Que están por sus reparos escondidos,
Sin osarse mostrar los que están dentro,
Hasta pasar aquel primer encuentro.

Mas al lugar que juzgan por seguro
Los indios que los tienen mas opresos,
Asiestan un terrible pasamuro
Que hizo temerosos sus escesos;
Pues usando la bala de su juro
Llevó piernas y piés, deshizo huesos,
Derramó sesos, dientes y quijadas,
Y lastimó personas señaladas.

Segundan con los versos al rebaño
Que del fuerte distaba menos trechos,
Y ansimismo hicieron grande daño
Quebrando huesos, barrenando pechos:
El temor que conciben es extraño
De ver caidos sin hallar pertrechos;
Reparaba la grande muchedumbre
De ver lo que no tienen de costumbre.

Luego salieron siete caballeros
Con armas de algodón encubiertos;
Ellos y los caballos van lijeros
Rompiendo por los indios mas armados;
Luego como noventa ballesteros
Con jaras y harpones afilados,
Un rodadero cada cual delante,
Y desto cada cual hombre bastante.

Aprietan una y otra vez las llaves
Para poder hacer algun ojeo,
No por cierto de temerosas aves,
Que no las hay en tan crúel torneo;
Quedábanles las manos muy suaves,
Y es porque no hacian mal empleo;
Pues hay quien su lugar desembaraza
Y de lo mas cerrado hace plaza.

Al tiempo que estos hacen esta mella,
Los de caballo vuelan sin tardanza,
No divididos ni por una huella,
Ni fuera de concierto y ordenanza;
Cada cual hiere, mata y atropella
Rompiendo pechos duros con la lanza
De aquellos escuadrones y cuadrillas
Do Hojeda hacia maravillas.

Como tigré, si halla la manada
Sin guarda ni defensa de provecho,
Que no cura de tasa limitada
Para henchir aquel vorace pecho;
Mas una y otra deja degollada
Y con muchas no queda satisfecho,
Antes con pertinacia y osadia
Cuantas mas reses mata mas querria;

Así Hojeda con los seis que lleva,
En herir y matar encarnizados,
Con tanto mas furor la lanza ceba
Cuantos mas indios tiene derribados;
Y los vivos de ver cosa tan nueva
Estaban poco menos que pasmados;
Mas Coanabo viendo tal injuria
Revuelve sobre sí con grande furia,

Diciendo: «¿Qué haceis, gentes perdidas,
Que mas muertos estais que los caidos,
Y mas ciertas teneis vuestras caidas,
Si destos extranjeros sois vencidos?
Pelead, y perded antes las vidas
Que seais deste puesto removidos,
Valientes son y rigurosos vienen,
Mas hombres son, y de cansarse tienen.

» El mas valiente dellos también muere,
Y le faltan alientos y resuellos:
La fortuna dé ya lo que nos diere,
O quede por nosotros ó por ellos;
Y caiga de nosotros quien cayere
A truco de matar algunos dellos.
Venid, apresurad esta carrera,
Que yo quiero llevar la delantera.»

Así como terribles torbellinos
Con gran fuerza de vientos furiosos
Que sacan con los vientos repentinos
Gran polvo de lugares arenosos,
Perturbando los pasos de caminos
Que llevan caminantes presurosos,
Haciéndoles los pasos tan estrechos
Que suelen del espada hacer pechos;

Así tan gran ruido y algazara
El Coanabo hizo se levante,
Que en el acometer nadie repara
Con furia de temor tan discrepante,
Que el feroz español volvió la cara
Y no pudo pasar mas adelante;
Antes como podia va hiriendo,
Y á mas andar su gente recogiendo.

Parecióle bastar la buena suerte
Ya hecha, pues quedaban mil tendidos,
Y así siguió los pasos á su suerte,
Sus soldados por orden recogidos:
Aunque esto no se hizo sin la muerte
De dos ó tres, con muchos mal heridos,
Por haber en aquesta coyuntura
En el entrar grandísima presura.

Pues viendo cómo ya se retraia,
Haciendo lo que mas les aprovecha,
Era tanta la gente que venia
Con piedra, con macana, dardo ó flecha,
Que en grandísimo riesgo los ponía,
A causa de la puerta ser estrecha,
Principalmente Goacayarima
Que con gran pertinacia los lastima.

Hojeda, con deseo de venganza
Viéndolo gloriarse de tales hechos,
Ratió las piernas y enristró la lanza,
Rompiendo por los indios mas estrechos:
Y salióle tan bien su confianza
Que lo pasó por medio de los pechos;
Salió la dura lanza bien teñida,
Y con ella también salió la vida.

El bárbaro furor y su grandeza
Turbóse con el lance bien formado;
Hojeda con grandísima presteza
Volvió do lo tenían deseado:
Entraron todos en la fortaleza
Y ocuparon los puertos del cercado,
Do con tiros y armas que tenían
Con gran fuerza y vigor se defendían.

Pero con un furor luciferino
Procuraban las gentes belicosas
Romper las cercas y hacer caminos,
Diciendo mil palabras afrentosas;
Hasta que ya la noche sobrevino,
Que les hizo hacer treguas forzosas,
Dejando con oscuro los cercados
Poco menos que muertos descansados.

Ya las noturnas horas acabadas,
Al tiempo que la Aurora por las cumbres
Mostraba sus mejillas coloradas,
Faltas de resplandor las otras lumbres,
Volviéron á las obras comenzadas,
Y aquellas tan sangrientas pesadumbres,
Combatiendo los fuertes baluartes
Con crecido furor de entrambas partes.

Venian siempre nuevas compañías
De indios que tenían por mas diestros;
Duraron los recuentos y porfias,
O con prósperos hados ó siniestros,
En este cerco mas de treinta días,
No con poca fatiga de los nuestros;
Y así Hojeda, ya viendo sus daños,
Determinó valerse por engaños.

Los cuales no condono yo ni alabo,
Pues también hay labores de dos haces,
Mas al fin se trató con Coanabo,
Mediante dos intérpretes sagaces,
Que no fuesen las guerras tan al cabo,
Y tuviese por bien de hacer paces;
Pues si se fuese sin hacer mas guerra
También le dejarán ellos la tierra.

Los indios, como gente toda vana,
Cesaron de tan áspero denuedo,
Oyendo la razon de buena gana,
Aunque mas con cautela que con miedo;
Por los poder tomar en la zavana,
Y no tras baluartes á pié quedo;
Y así Coanabo dijo ser contento,
Si se cumpliese tal prometimiento.

Las lenguas por quien esto se decia
Aseguraronle todo denuedo;
Satisfizose dellos, y otro día
Hizo salir la gente deste puesto:
Por la parte que vino hizo via,
Debajo del ya dicho presupuesto;
Pero nuestro Hojeda, mas anciano,
Determinó ganalle por la mano.

Porque dejando guardas en su muro
De hombres vigilantes, recatados,
Partió calladamente con oscuro,
Seis caballos con él y cien soldados;
Y estando Coanabo muy seguro,
De gran sueño los suyos ocupados,
En la quietud mejor, cerca del alba,
Con terrible furor les hizo saiva.

Diciendo, Santiago, Santiago,
Anda lista la lanza y el espada;
No se podían dar golpes en vago
Ni se tira baldía cuchillada;
Hacían en los indios mas estrago
Que lobos en manada descuidada,
A causa de su grande desatino,
Causado del asalto repentino.

Viendo pues tan terrible menoscabo
Y el tropel de los golpes desiguales,
Huyendo van por uno y otro cabo,
Metiéndose por montes y breñales;
Prendieron á Uxmatex y Coanabo,
Con otros muchos indios principales;
Quedaron de oro fino muchas piezas,
Que después repartieron por cabezas.

Conclusa desta suerte la revuelta
En la zavana fértil ó dehesa,
Con la velocidad de gente suelta
Recogieron despojos y la presa;
Y al fuerte do salieron dan la vuelta,
Donde tuvieron abundante mesa,
Con gran pena y dolor de Coanabo,
Que sintió su prision por todo cabo.

Al cual, en la cadena donde estaba,
Nadie lo vió con brio descaído,
Puesto que grandemente se quejaba
De no cumplir con él lo prometido;
Pues él no se veló ni se guardaba,
Debajo del concierto referido;
Pero que lo soltasen con su gente,
Que él prometía paz perpetuamente.

Mas eran diferentes intenciones
Las de Hojeda con sus compañeros;
Y así se señalaron cien varones,
Suelos y valentísimos guerreros,
Para llevarlos ante los Colonos,
Y presentalles estos prisioneros;
Los cuales sin ningun detenimiento
Holgaron de cumplir el mandamiento.

Colon tomó los indios que vinieron,
Encárciendo mucho la hazaña,
Y en un navio luego los metieron,
Que estaba de camino para España,
Los cuales brevemente perecieron,
Enflaquecidos de pasión estraña,
Porque no viendo mas que agua y cielo
No querían regalo ni consuelo.

A los indios causó temor horrendo
Aqueste pesadísimo desvio;
Y Anacaona luego fué huyendo
Al reino de su hermano Behechio,
Nada de su furor disminuyendo,
Antes estimulada de mas brio,
Todavía debajo de esperanza
De ver llegar un tiempo de venganza.

Hacia tolerables los cuidados
Del invencible corazón guerrero,
Ver prepotentes reyes congregados,
Donde Guarionex mandó primero
Con cantidad inmensa de soldados,
Bastante, cada cual vivo y entero,
Con quien también juntó su señoría
Y el campo del hermano Behechio.

Con determinación poco discreta,
Debajo cada cual del interese
Que al corazón humano mas aprieta
Concertaron que el campo se moviese,
Pero no fué la junta tan secreta,
Que gente de Colon no lo supiese,
El cual con pensamientos nada ciegos
Quiso jugar de mano tales juegos.

Juntó quinientos hombres escogidos,
Los ciento de caballo bien armados,
De pertrechos de guerra proveidos,
Caminaron por pasos señalados;
Y con escuridad, sin ser sentidos,
Dieron en los caciques congregados,
Deshaciendo tan áspere mudanza
No sin terrible matanza.

Pues corrian zavano como río
Con tanta sangre como fué vertida,
Sin poderse decir el gran gentío
Que por aquel lugar quedó sin vida:
Prendióse Guarionex y Behechio,
Mucha gente notable conocida,
Con la cual los varones belicosos
Volvieron á su pueblo vitoriosos.

Deshecha de caciques esta trama,
Para cristiana gente peligrosa,
Por amplias tierras se derrama
La suerte de los nuestros venturosa;
Bartolomé Colon ganó gran fama,
Quedó toda la tierra temerosa,
Y el dicho, viéndose tan adelante,
Se hizo mas soberbio y arrogante.

Usaba no de términos discretos
En algunos negocios sustanciales,
Sin aquellas decencias y respetos
Que se deben á hombres principales;
Y muchos á paciencia mal sujetos
Solian blasfemar de cosas tales:
Aquel Roldán Jimenez mayormente
En muchas cosas suyas no consiente.

Y un día con un término mal sano
Rebosaron los dos furias del seno,
Notándolo Roldán de hombre liviano,
Y su gobierno ser sin orden bueno;
Bartolomé Colon alzó la mano
Para le sacudir de lleno en lleno;
Y para no llegarse fué remedio
Meterse gente noble de por medio.

Apartado Roldán de su presencia,
Con ira y con pasión y hartos fieros
Determinó negarle la obediencia,
Con sesenta ó setenta compañeros:
Protestando hacer la tal ausencia,
Por no poder sufrir los desafueros,
Abusos, coruptelas, sinrazones,
Que con todos usaban los Colonos.

Andando desta suerte la maraña,
Roldán en su motin perseverante,
El Cristóbal Colon llegó de España,
Con cargo de virey y de almirante;
Procurólos traer por buena maña,
Mas ninguna promesa fué bastante;
Y visto no cesar en sus errores
Mandó que los pregonen por traidores.

Este tercer viaje se comete
Con naos de hermosos ornamentos,
Y fué por marzo de noventa y siete
Años, sobre los mil y cuatrocientos;
Vino haciendo lo que le compete
En el continuar descubrimientos,
Y en ver la tierra firme se desvela,
E islas hasta el mar de Venezuela.

Estuvo desta vez en esta silla
El Cristóbal Colon hasta dos años,
Y en ellos el Roldán y su cuadrilla
Huyendo por los bosques mas estraños,
Escribiendo por horas á Castilla
Los unos de los otros grandes daños,
Porque el Roldán tenía valedores,
Y secretos avisos y favores.

Mitigar el furor desta rencilla
El santo rey Fernando deseaba,
Y así vino Francisco Bobadilla,
Comendador que fué de Calatrava:
El cual hizo probanza no sencilla,
Para verificar lo que pasaba;
Y como ya jugaban otro juego,
Roldán con sus secuaces vino luego.

Constaron pues por las informaciones
Cargos algo cargados en escesos,
Por los cuales prendió los tres Colonos
Y enviólos á España mal oprimos;
Y para que constasen las razones
También se remitieron los procesos:
Llegaron á la corte con embargos,
Y ante los reyes dieron sus descargos.

Oyéronlos los reyes sin afrenta,
Antes con voluntad y amor paterno:
Gastaron en aquello que se cuenta
El florido verano y el invierno;
Dióles libres sus bienes y su renta,
Pero no quiso dalles el gobierno,
Viendo ser ya para su regimiento
Necesario mas alto fundamento.

Dejemos los Colonos en Castilla
Libres, mas no del odio que les daña;
Volvamos á Francisco Bobadilla,
Que en gobernar se daba buena maña;
Movamos los letores á mancilla
Con el remate dél y su compañía,
Haciendo para ello nuevo canto,
Con que remataremos este llanto.

CANTO CUARTO,

Donde se cuenta la venida del comendador NICOLÁS DE OVANDO, la vuelta de CRISTÓBAL COLON, y muerte de BOBADILLA, con otras muchas cosas que en aquella sazón acontecieron en estas partes.

Los cuerdos mozos y los sabios viejos
Jamás atribuyeron á demencia
Usar de pareceres y consejos
De varones que tienen experiencia,
Mayormente si tales son añejos
En el ejercitar alguna ciencia;
Pues vemos muchos sabios y prudentes
No ser en todas cosas suficientes.

Consta pues Bobadilla ser bastante
Hombre de gran razón, peso y medida;
Pero, como diremos adelante,
No supo dar reguardos á su vida,
Por no querer creer al almirante
Cuya perencia fué bien conocida,
Y en todo lo demás ya digo como
Fué persona cabal y de gran tomo.

Así con él cesaron variedades,
Sin darse mas lugar á la malicia,
Había muy fundadas amistades,
Gozábase de paz y de justicia;
En gran aumento van prosperidades,
De muchas minas otras hay noticia,
No ven murmuraciones ni lelijos,
Sino fiestas y grandes regocijos.

Toda la pesadumbre se destierra,
Procuráanse las cosas convenientes,
Cesaron los rencuentros de la guerra,
Hambres y mortandades tan terribles;
Calando mas secretos de la tierra
Descúbrense riquezas increíbles;
Crecían mercaderes y tratantes,
Haciendo sus caudales mas pujantes.

Vereis campos incultos cultivados,
Grandes heredamientos deleitosos,
Potentísimos hatos de ganados,
Que hacen sus señores poderosos,
E ingenios de azúcar fabricados,
Contratos cerca desto caudalosos,
Pues que para llevar de lo que tienen
Gran suma de navios van y vienen.

El oro que la gente deseaba
Daban quebradas ricas, campos llanos;
La vista por allí se deleitaba,
De ver cómo sacaban gruesos granos;
Y alguno dellos hubo que pesaba
Tres mil y setecientos castellanos;
Al fin vian los hados mas aviesos
Convertidos en prósperos sucesos.

No hay persona una ni ninguna,
Que en todo su vivir ponga dolencia;
Y estando con tan próspera fortuna
Sin ver en la contraria resistencia,
A los benditos reyes importuna,
Que para se volver le den licencia;
Hicieron nuestros reyes lo posible
Por dalle sucesor tan apacible.

Con deseo de no perder los frutos,
De que los españoles van gozando,
Consultaron con hombres bien instrutos,
Nuestra reina y el santo rey Fernando:
Quedaron en efeto resolutos
En enviar á Nicolás de Ovando,
Comendador de Lárez, que venido
Nombraron por mayor de su partido.

La elección fué digna de tal seno,
Pues en venir persona semejante
Enviaron mejor sobre muy bueno,
Y que en el bien pasó mas adelante:
De principales hombres vino lleno,
Y entró por estos mares muy pujante,
Abundancia de lienzo, sedas, paños,
Por abril de quinientos y dos años.

La gente chapetona recebida,
Y el buen comendador obedecido,
Ordenó Bobadilla su partida
Con cantidad de oro recogido;
E ya la flota bien apercebida,
Y lo mas necesario proveido,
Llegaron de Castilla los Colonos,
Que no causaron pocas confusiones.

Con insignias por do los conociesen
Al puerto se llegaban velas llenas;
Mas antes que las tales recogiesen
Ni bajasen por orden las entenas,
Ovando les mandó que no saliesen
Con auto de rigor, so graves penas;
Bien recibió Colon los de la nave,
Mas el mando juzgó por cosa grave.

Sin embargo de penas que sentia,
Le respondió Cristóbal al Ovando
Que él obedeciera y cumpliría
Las duras condiciones de su mando;
Puesto caso que poco se perdía
En mostrarse con él algo mas blando;
Y en dejalle siquiera tomar puerto
En tierra que él había descubierto;

Pero que le rogaba grandemente,
Que por ninguna vía consintiese
Desamparar el puerto de presente
La flota, sino que la detuviese;
Porque sería gran inconveniente
Si Bobadilla por entonces fuese;
Finalmente tenía por locura
Salir en semejante coyuntura.

Ovando reparó con el aviso,
Por dallo quien tan bien la mar sabia;
Empero Bobadilla no lo quiso,
Burlando de lo que Colon decía;
Mas presto lo veremos arrepiado,
Con su desventurada compañía,
Y fué para Colon cosa molesta
Ver cómo su consejo nada presta.

Los tres hermanos, harto descontentos
De ver lo que con ellos se hacia,
Tornaron á dar velas á los vientos,
Buscando puerto tal cual convenia,
Por esperarse bravos movimientos,
Segun de la señal se conocia;
Pues ven llegar el sol al occidente
Mayor de lo que suele comunmente.

Demás de que sacó rayos cetrinos,
Después vieron correr muchas cometas,
Dieron gritos los pájaros marinos,
Del agua se salieron las cercetas,
Barriendo van el agua golondrinos
Y otras ciertas señales mal acetas:
Salvaron finalmente su partido
En puerto que ballaron escondido.

Pues en aquesta parte que se cuenta
Estaban sus navios amparados,
Donde furia de olano revienta,
Y limpio fondo va por todos lados;
Esperaron allí la gran tormenta,
Con bastantes amarras ancleados;
Mas Bobadilla, ya que estaba presto,
Ninguna cuenta quiso hacer desto.

Burlando pues de todos los desvios
Y mal que el almirante le revela,
Se viste de marinos atavios,
Y manda que se hagan á la vela;
Salieron á la mar treinta navios
Con sospecha del mal que se recela,
Representando cada cual figura
Aquella venidera desventura.

No van con el clamor regocijado
Que suelen los que hacen la tal vía;
Anton de Torres anda demudado,
Roldán Jimenez va sin alegría;
El diestro marinero y el soldado
Con una gran tibieza se movía:
Todos en general iban de suerte
Que parece llevarlos á la muerte.

Mas nadie dellos iba descuidado,
Antes cualquiera bien apercebido,
Y espacio de diez leguas navegado,
Debajo de las aguas hay ruido;
El cielo se mostraba muy nublado,
El mar se hace mas embravecido,
Grandes olajes ven que se levantan,
Tanto que los mas diestros mas se espantan.

A mas andar la noche se venia,
Pesada, grave, llena de temores,
Setentrion los mares revolvia,
Y el céfiro también mostró furóres;
Boreas con gran furia combatía,
El noto revolvió bravos rigores;
Vereis entre estos sobredichos vientos
Asperos y crúeles movimientos.

A los desventurados navegantes
Cualquiera de los cuatro desatenta,
No son humanas fuerzas ya bastantes
A resistir el agua turbulenta:
Jamás se vieron furias semejantes,
Ni tan terribles trances de tormenta;
Por una y otra parte hacen danza,
Lloro, temor, dolor, desconfianza.

Aquellos gritos y lamentaciones,
Que vuelan por los aires esparcidos,
De todos los humanos corazones
Ablandaran los mas endurecidos;
No sirven ya las velas y timones
De las soberbias olas embestidos;
Do quiera que cualquiera se convierte,
No tiene que mirar sino la muerte;

Porque tenían mástiles quebrados,
Y así vereis nadar las gavias solas
De navios abiertos por los lados,
Andaban fuera jarcias y gisolas,
Suenan gritos de hombres anegados
Que gustan ya de las amargas olas,
Y procuraban con mortal querella
Tener salud sin esperanza della.

En confusion tan llena de mancilla,
Una balsa compuesta de madera
Había recogido Bobadilla,
Si buena diligencia le valiera;
Asido va Roldán del escotilla,
Flaca defensa para que no muera;
Y así las olas ensoberbecidas
En breve dieron fin á tantas vidas.

De todas estas naos, seis había
Que de salvarse tienen esperanza,
Aunque la mar mostraba todavía
De vida y de salud desconfianza;
Vino la claridad del turbio día,
Llegó ninguna muestra de bonanza,
A tierra van las dos con la corriente,
Sin amparo de velas ni de gente.

De velas ni de remos ayudado,
Huye del mar el triste navegante.
¿Adónde vas, adónde, desdichado?
¿No ves cien mil peñascos por delante?
En mar estás de muerte rodeado,
Y en tierra hallarás la semejante;
La fuerza de los vuestros aniquila
Peligros de Caribdis y de Cila.

Ningunos claman ya de enronquecidos,
Los ojos solamente van al cielo,
Son ya con duras peñas embestidos,
Los efectos se ven de su recelo,
Deshechos los navios y partidos.
¿Ay Dios, y qué terrible desconuelo!
Por el embate van de la ribera
Barriles, cajas, trozos de madera.

Aquí vereis timon, allí la quilla,
Acullá diferentes materiales,
Cuerpos van ahogados por la orilla
De muchos caballeros principales,
Que iban con el dicho Bobadilla
Con prósperas riquezas y caudales;
El rey perdió grandísimo tesoro,
Y también aquel grande grano de oro.

De los cuatro navios (segun fama)
Miraculosamente reservados,
Dos dellos arribaron á la Ozama,
De los embates graves mal parados,
Donde la triste nueva se derrama
Por parientes, por deudos, por criados;
Y visto tan atroce perdimiento
Hicieron doloroso sentimiento.

No se podian ver rostros enjutos,
Porque los ojos son manantiales,
En lagrimas eternas resolutos
Por el descurso destes funerales;
Los cuales, no sin gran pompa de lutos,
Celebraron los hombres principales,
Y porque fuese la razon notoria,
En cuatro versos suman el historia.

Plangimus Indorum diris submersa procellis
Corpora, jussa gravem non proferare viam.
Non nocuit nobis longævus credere dicitis,
Sed nocuit semper spernere consilium.

Llora nuestra compañía	Nunca dañó sabio viejo
Los primeros ahogados	En el voto de concejo
En la nueva monarquía,	Cuando se da buena maña;
Siendo antes avisados	Mas no pocas veces dañá,
Que detuviesen la vía.	El huir de su consejo.

ELEGIA IV.

Muerte de CRISTÓBAL COLON, donde se cuenta lo que descubrió en el postrero viaje,

EN UN SOLO CANTO.

Quien hizo cosas dignas de memoria
Poniendo su vivir en detrimento,
En multitud de riesgos tan notoria
Cuanto pare la guerra, mar y viento,
Añade grandes colmos á su gloria
Gozar después de buen acabamiento,
Mayormente si en riesgos persevera
El espacio que dura su carrera.

Lo cual hizo Colon el almirante,
Pues aunque con vejez y fatigado,
Siempre quiso llevar mas adelante
Aquel descubrimiento comenzado:
Sin que mal tropezon fuese bastante
A lo volver atrás de su cuidado,
Y de tantas fatigas en ninguna
Se consintió vencer de la fortuna.

Ahora pues conclusas las procelas,
Y la soberbia grande del olaje,
Al manso viento hizo dar las velas
Con prevencion de buen matalotaje;
Y en cuatro bien fornidas carabelas
A tierra firme hizo su viaje,
Para ver sus ancones y riberas,
E illa costeano mas de veras.

Y porque brevedad fué necesaria
En una variedad tan infinita,
Su tercera venida fué sumaria;
Pues casi por semejas se recita
De cómo descubrió costa de Paria
La Trinidad, Cubagua, Margarita,
Hasta llegar al mar de Venezuela,
Y agora van al cabo de la Vela.

De allí con mar bonanza, larga escota,
Por puertos, por bahías, por ancones,
En costa bajo llevan su derrota,
Comunicando varias naciones,
Que salian á ver la breve flota,
Holgándose de sus contrataciones;
Y en este tiempo ya se halló muestra
De habelles visitado gente nuestra.

Pues cuando la salida se le veda
A Colon, por las causas repetidas,
El capitán Alonso de Hojeda
Recorria también estas partidas:
Después del cual en blanco no se queda
El capitán Rodrigo de Bastidas,
Que siendo Colon preso vino aposta
A descubrir riquezas por la costa.

Añaden nuevas tierras á la carta,
No juntos sino cada cual distinto,
Descubren el ancon de Santa Marta,
De Chengue, de Naguanje con Chacinto;
Rescataron de oro copia harta,
La cual por no sabella no la pinto;
Pasan el río de la Magdalena
Y el puerto que llamaron Cartagena.

Un poco navegaron mas adelante,
Pues de Uraba sacaron gran provecho;
Mas Cristóbal Colon el almirante,
Que no se contentaba con lo hecho,
Llevó sus velas muy mas adelante,
Pensando de hallar algun estrecho
Que para mar del sur le diese vía
Aunque para navios no le habia.

Para tomar la costa mas de veras
A Jamaica van atravesando,
Y conocida punta de Higuieras,
Fueron la costa arriba navegando:
Ven playas, ven ancones, ven riberas,
La tierra de Veragua costeano,
Y en estas dilaciones y desvios
Perdieron de los cuatro dos navios.

Lo visto por los pasos ya contados,
Por gran prolijidad no se replica,
Mas vistos sus navios abromados
Del tiempo que bajó la Costa-Rica,
Determinaron él y sus soldados
De volver á la isla Jamaica,
Faltos ya de salud y bastimentos,
Y por otros respetos descontentos.

Salen de Cativá las compañías
Dejando ya las bocas de los rios,
Y aquellas enseñadas y bahías
Con puntas peligrosas y bajios;
Y habiendo navegado muchos dias
En Jamaica meten los navios,
Y porque no podian sostenellos,
En tierra y al través dieron con ellos.

Allí por ser menor inconveniente
Hicieron los Colones su salida;
Tratáronlos los indios blandamente
Y diéronles socorros de comida:
Adoleció gran parte de la gente,
Y toda se juzgaba por perdida;
Colon investigaba muchos modos,
Buscando su remedio y el de todos.

Aquel congojosísimo cuidado
Con ningunos descuidos interpola,
Y de vacilaciones rodeado
Se quiso resumir en una sola,
Que fué rogar á Mendez su criado
Intente de pasar á la Española,
En canoa de un palo que tomasen,
E indios desta isla que bogasen.

Mendez, con fidelísimos respetos,
Loables en los siglos venideros,
Tuvo tan grandes riesgos por acetos
A truco de salvar sus compañeros;
Fióse de los mares inquietos
Y de los infieles marineros;
Muchos desconfiaban de su vida,
Mas él no rehusaba la partida.

Metió seis indios pues, gente salvaje,
En navio de una sola planta,
Meten agua y algun matalotaje
Para quien del peligro no se espanta;
Favorézcale Dios en el viaje,
Que bien ha menester ayuda santa,
Partióse finalmente con bonanza,
Debajo de divina confianza.

Los que quedaron libres de dolencia,
Por imitar aquesta maravilla,
A Colon le negaron obediencia,
Apartándose del cierta cuadrilla:
Siendo caudillos desta competencia
Los dos hermanos Porras de Sevilla,
Que por ir á la isla ya nombrada
Hicieron de canoas un armada.

Aderezados pues desta manera
Embarcose gran copia de soldados,
Y al tiempo que iban ya de mar en fuera
Algunos dellos fueron anegados;
Tornaron á volver á la ribera,
Del inquieto mar siendo forzados,
Espadas y rodela en las manos
Con temor de Colon y sus hermanos.

Imaginando pues aquel que yerra
Las cosas que el contrario suyo piensa,
Después que estos saltaron en la tierra
Temian el castigo de la ofensa;
Y ansi los ven poner en son de guerra
Dispuestos á morir por su defensa;
Alteraronse mucho los Colones,
Reconociendo estas intenciones.

Armaron luego todos sus tullidos
Con espadas, rodela ó con lanzas;
Los rebelados son acometidos
Que de vencer tenían esperanzas;
Mas con facilidad fueron vencidos
Sin usarse con ellos de venganzas,
Puesto que en los primeros desconciertos
Cuatro por defenderse fueron muertos.

Pues también se rompió la fuerte malla
De golpes que se dieron inhumanos;
Fué poco mas sangrienta la batalla
Después que ya vinieron á las manos;
Y es esta la primera que se halla
En Indias de cristianos con cristianos;
Los indios, por los ver tan diferentes,
Ya tenían en poco nuestras gentes.

Cumplian antes bien sus mandamientos,
Y eran sus voluntades ya contrarias,
Pues no venian á los aposentos
A los ver y servir en cosas varias;
Tampoco les traian alimentos
Ni cosa de las cosas necesarias,
Y para los volver mas á su mano
Un remedio pensó que no fué vano.

El astucia que digo fué pues esta,
La cual salió tan bien como queria:
Entendia por regla manifiesta
Que la luna, segun astrologia,
Por la sombra del globo contrapuesta
Se habia de eclipsar en cierto dia,
Y por ser el eclipse por entero,
Habia de ser algo duradero.

Llamó los indios pues á su presencia,
Y dijo: «por no darnos alimento,
Verná sobre vosotros pestilencia,
La luna hará grande sentimiento;
Y aquesta no será vana sentencia,
Pues tal dia vereis el cumplimiento;
Por tanto, si quereis salud y vida,
Mirá que no nos falte la comida.»

Los indios estuvieron muy alerta;
Y, el tiempo señalado ya venido,
Pudieron conocer por cosa cierta
Lo que Colon habia conocido;
La luna dicen todos estar muerta,
De cuya causa dan gran alarido;
Y segun otras muchas veces vemos,
Comienzan á hacer grandes estremos.

Pidiéronles perdon á los Colones,
Del pasado rigor arrepentidos;
Acuden con presecas y con dones
Como si fueran dioses conocidos;
Y ansi, pasadas estas turbaciones,
Fueron bastantemente proveidos,
Dándoles de comer sia interesse,
Entre tanto que Dios los proveyese.

El mozo Diego Mendez sus intentos
Por las ondosas aguas proseguia,
Sin ver zozobras dellas ni de vientos,
Que fuesen turbadores de su vía;
Los indios muy alegres y contentos,
Sin se cansar de noche ni de dia,
Hasta que ya hicieron su llegada
A la tierra que tienen deseada.

Saltaron en un rio descubierta
Adonde se estuvieron refrescando,
Y luego por buen orden y concierto
Se fueron por la costa navegando,
Hasta tanto que dieron en el puerto
Adonde estaba Nicolas de Ovando,
Al cual con la debida cortesia
Dió Mendez los recados que traia.

Como bueno, fiel y vigilante,
En contalle trabajos se desvela,
Mas no sintiendo bien del almirante,
Ovando concebía ser novela;
Todavía, debajo buen semblante,
Mandó llevalles una carabela;
Mas dicen que no fué con intenciones
De traer á la isla los Colones.

El Mendez, sospechando tal desvio,
Como bien comedido y avisado,
Compró de sus dineros un navio,
De cosas convenientes pertrechado:
El cual les envió con buen avio,
Y la razon de todo lo pasado;
Y despachado con matalotaje,
El hizo para España su viaje.

Libre de sinsabores de tormenta,
Con próspero suceso tomó puerto;
Su prolijo viaje representa
Escrito por buen orden y concierto,
Ante los reyes, dando larga cuenta
De lo mucho que habian descubierta,
El riesgo que corrieron sus vasallos,
Y lo que hizo él para librallos.

Dadas sus relaciones por entero,
Como dicen acá de popa á proa,
Por parecelle bien al rey guerrero
Aquella lealtad digna de loa,
Al Diego Mendez hizo caballero
Con rentas, y por armas la canoa;
Que suelen reyes dar honores tales
A los vasallos buenos y leales.

Las carabelas pues apercebidas
Que para los Colones enviaban,
Tomaron las riberas conocidas
Por los indios que dentro se tornaban
Fueron con gran contento recibidas
De los que sus socorros esperaban,
Y por estar el mar todo quieto
La partida pusieron en efeto.

Levan las anclas, guindan las entenas
Ayudados de vientos principales,
Apártanse del puerto no sin penas
De aquellos moradores naturales,
Que los tenían ya por gentes buenas,
Y casi que por hombres celestiales;
Por la derrota pues de claro tino
A la Española hacen su camino.

En el puerto de Ozama conocido
Metió Colon su gente destrozada,
Fué con aplauso grande recibido
De toda la ciudad conmemorada,
Y el buen comendador de comedido
Lo quiso regalar en su posada;
Vió sus haciendas, minas y cuadrilla,
Y luego se partió para Castilla.

Embarcose con gracia del Ovando,
Guió las velas ácia la Saona,
Llegaron á Castilla, y en llegando
Fué donde estaba la real corona;
Recebiólo muy bien el rey Fernando,
Y hizo gran caudal de su persona;
Procuró de hacer su causa blanda
Con pio de volver á su demanda.